

Claude FELL: *José Vasconcelos. Los años del águila*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, 742 pp. ISBN 968-36-0792-6.

Los años del águila es sin duda la obra más importante y completa que se ha escrito sobre el pensamiento y la acción de José Vasconcelos entre 1920 y 1925. C. Fell considera su aportación fundamental el haber reconstruido este periodo a partir de fuentes primarias, aseveración seguramente válida cuando el autor escribió su libro, a finales de los años setenta, pero que no lo es ya en 1989, fecha de su publicación. En los últimos diez años la labor y la figura de Vasconcelos han despertado gran interés y han proliferado estudios basados no sólo en los boletines sino en el material del archivo de la Secretaría de Educación Pública (SEP), que el autor encontró de poca utilidad pero que recientemente ha enriquecido notablemente su acervo.¹ Asimismo, el creciente interés por la historia regional permite tener nuevas perspectivas sobre el periodo.

Sin embargo, el resultado de su concienzuda labor de investigación en diversos archivos es una obra de gran rigor académico que opaca todo lo que hasta ahora se ha hecho, no sólo sobre las realizaciones de Vasconcelos en el periodo señalado —y éste es uno de sus mayores méritos— sino sobre el renacimiento cultural y educativo en México. Este libro es un verdadero fresco de los años veinte, en el que destacan las personalidades clave de la época, los grandes pintores, escritores, músicos, maestros, pedagogos, sin cuya contribución, según señala repetidamente el autor, no se hubiera podido llevar a cabo tan magna empresa.

El libro está dividido en cuatro capítulos, integrados a su vez por numerosas subdivisiones que simplifican lo que de otra manera resultaría una lectura un tanto fatigosa de esta abigarrada obra de más de 700 páginas. Además de esta división formal hay otras dos subyacentes: una que enfrenta a cada momento al hombre, al educador, al filósofo, al maestro, con su obra material, y otra que hace referencia constante a tres fuentes de inspiración de Vasconcelos: a) la acción de su predecesor Justo Sierra, quien como ministro de Instrucción “sentó algunas estructuras más o menos mal-

¹ Para citar sólo el mejor ejemplo, Ernesto Meneses, en su obra *Tendencias educativas oficiales en México, 1911-1934*, publicada en México por el Centro de Estudios Educativos en 1986, analiza la acción educativa de Vasconcelos basándose precisamente en los boletines de la SEP y en las informaciones de la prensa.

trechas tras la Revolución"; b) el debate antipositivista que se dio en el seno del Ateneo a partir de 1909. Según Fell, aun si a menudo insiste sobre el aspecto necesariamente práctico de la educación, Vasconcelos construye el sistema educativo y cultural sobre la filosofía espiritualista adquirida, precisada y expuesta en *El Ateneo de la Juventud*, y c) la reforma de la educación soviética que se desarrolla a partir de 1918, impulsada por Lenin, Anatole Lunacharsky y Máximo Gorki.

Los dos primeros capítulos, "José Vasconcelos rector de la Universidad de México", y "La educación al servicio del pueblo", constituyen una reseña exhaustiva de los cuatro años de la actividad incansable de Vasconcelos para realizar un proyecto que C. Fell califica de "revolucionario" y que marca "la tentativa de instaurar por primera vez en el país una cultura de masas". El autor sigue paso a paso la titánica empresa de poner los cimientos de un sistema de educación nacional. El gran despliegue de ingenio y de improvisación y los esfuerzos para llevar a cabo esta obra son muy conocidos. Mucho se ha escrito sobre la gran campaña de alfabetización realizada por Vasconcelos con ayuda de elementos voluntarios, sobre la creación de una Secretaría de Educación Pública con jurisdicción nacional, sobre la participación de los universitarios en tareas de interés social, sobre el singular sistema de educación rural y sus novedosas instituciones, sobre las controversias en el seno de la Universidad, entre otros temas. El autor amplía la información existente, describe obstáculos, analiza fracasos y, con objetividad, informa de los logros alcanzados. La aportación de datos e interpretaciones plantean nuevas interrogantes y despiertan reflexiones.

La política cultural de la SEP ocupa el tercer capítulo del libro. Entre las características esenciales del renacimiento cultural y educativo de la época, Fell considera que dos son esenciales: la concepción estatista y la necesidad de conciliar la educación con la elevación del nivel cultural de la nación. Vasconcelos y sus colaboradores consideraban al público como un receptor al que la Secretaría debía educar y guiar hacia opciones culturales, que rara vez eran determinadas por los interesados; sin embargo el Estado, representado por el secretario de Educación, les dejaba absoluta libertad de expresión. Por otro lado fue necesario multiplicar manifestaciones y objetos culturales, dando prioridad a la cantidad sobre la calidad.

Fell muestra que la actividad desplegada por Vasconcelos entre 1920 y 1924 fue "una prolongación social y popular de su pensamiento estético" y que sólo comprendiendo los fundamentos de su

estética, que analiza con todo rigor, se explican el empeño y las energías puestas por el secretario en la organización de actividades artísticas y deportivas. Con frecuencia se señalan en la obra las divergencias entre la teoría estética vasconcelista y las manifestaciones artísticas que se multiplicaron a partir de 1920. Por ejemplo, la concentración en temas nacionales más que en la cultura clásica —por la que Vasconcelos profesa veneración— y la concepción del arte no como una mera expresión espontánea sino como una actividad que exige trabajo y la adquisición de ciertas técnicas.

La obra relata con agilidad los esfuerzos de los artistas por poner fin a la ruptura tradicional entre la producción estética y la vida cotidiana, por salir de los museos, por escapar de los conservatorios, por integrar la escultura a la arquitectura, y por hacer a ésta funcional. En todo este movimiento, cuyo resultado fue el nacimiento de un arte de masas, el papel de Vasconcelos fue a la vez decisivo y relativamente marginal: convocó a artistas y les aseguró trabajo, pero nunca intervino de manera directa en la ejecución de las obras y dejó a los artistas en entera libertad; el gran mérito de Vasconcelos fue, según el autor, “permitir la socialización de la expresión artística que tiende a borrar el individualismo burgués”.

El iberoamericanismo de José Vasconcelos, sus ideas acerca de la unidad ideológica, económica y política del continente, son algunas de las constantes de su pensamiento que se analizan en el último capítulo de la obra. Fell afirma que en este terreno, al igual que en el de la educación y la cultura, la llegada de Vasconcelos a la rectoría marca la transición de la reflexión a la acción, de la teoría a la militancia. Su iberoamericanismo adquirió una renovada fuerza de convicción mediante el conocimiento directo de las realidades continentales. Para el maestro “el sentimiento de patria era demasiado pequeño, y creía en un internacionalismo sincero y total que abarcara todos los sitios de la tierra”.

“El periplo sudamericano” de 1922 por varios países de América Latina brindó a Vasconcelos, entre otras cosas, la oportunidad de establecer un punto de comparación entre el sistema educativo que comenzaba a implantar en México y el de países altamente escolarizados como Uruguay. Asimismo, le permitió establecer analogías constantes con el comportamiento y la ideología de la juventud estudiantil. En Chile expresó con claridad su pensamiento: no trataba de regenerar la idea de patria sino de superarla mediante la adhesión a la noción de raza, grupo humano definido no por el color de la piel sino por cierta comunidad de aspiraciones y prácticas.

Es imposible resumir en unas cuantas páginas la riqueza del libro, las reflexiones que sugiere, los cauces que abre al investigador. Sus grandes aportaciones minimizan algunas de sus limitaciones u omisiones: por ejemplo, exagera la influencia soviética en Vasconcelos. Fell atribuye a los rusos, entre otras aportaciones, la pedagogía activa y el estatismo educativo de Vasconcelos, disminuyendo así la importancia de sus innovaciones pedagógicas nacionales, como la reforma de la escuela veracruzana y la contribución que educadores como el español Francisco Ferrer Guardia y John Dewey deben haber tenido sobre el mexicano. Fell se olvida del gran debate que se realizó entre los liberales en el Constituyente sobre el papel del Estado en la educación. Pasa por alto las experiencias educativas que se desarrollaron durante el periodo de lucha armada, etapa que ha sido tradicionalmente relegada. Apenas comienzan a rescatarse los logros de intelectuales, maestros y pedagogos, a valorarse los resultados y la trascendencia de los congresos pedagógicos nacionales y estatales, y los esfuerzos de algunos gobiernos revolucionarios en materia educativa. Asimismo, la obra carece de un verdadero análisis del papel político e ideológico que desempeñó la educación en el esquema obregonista, y no establece los nexos entre las reformas educativas y las reformas socioeconómicas del periodo.

Contrariamente a lo que el título sugiere, el libro no es la elegía desmedida de un personaje. Es más bien, como lo pretende su autor, un significativo adelanto para conocer la acogida que tenían entre la población las medidas de la SEP, un intento de rebasar el ámbito estrecho de la visión oficial, de comparar diversos puntos de vista, de analizar los antecedentes de esta magna obra cultural y educativa. Vasconcelos es un personaje complejo y controvertido que necesariamente polariza opiniones y criterios. Es difícil acercarse a él con objetividad, juzgar su obra en la Secretaría de Educación sin referirse a acciones y escritos posteriores. El autor logra darnos un Vasconcelos de dimensiones humanas que crece por momentos. Fell oscila entre el engrandecimiento del personaje y la necesidad de ubicarlo en un sitio justo. Sin embargo, en su afán de exaltar sus méritos, en varias ocasiones cae en contradicciones y en inexactitudes tales como decir, refiriéndose a una circular de Vasconcelos sobre la actitud que deberían adoptar los misioneros respecto a los indios: "por primera vez alguien reconoce que en la cultura indígena no todo es deleznable y pervertido". La falta de validez histórica de esta afirmación cae por su propio peso. Sin embargo, junto al secretario, hacen paulatinamente su

aparición en escena los artífices de la escuela de los años veinte —Juan B. Salazar, Eulalia Guzmán, Rodrigo Medellín, José Gálvez, por citar sólo algunos—; los pioneros del indigenismo, como Manuel Gamio; los grandes pintores y muralistas. Una de las conclusiones del autor es que “la acción del ministro de Obregón quizás se hubiera limitado a simples definiciones y principios éticos si no hubiera contado con el respaldo de la de Enrique Corona, director del Departamento de Educación Rural a quien corresponde el gran mérito de haber dotado de un marco comunitario a través de la Casa del Pueblo a la intervención de los misioneros y de los maestros rurales”.

Sin embargo, las fuentes empleadas, fundamentalmente oficialistas, hacen que queden en el anonimato muchos otros actores esenciales, como misioneros, inspectores, maestros y alumnos. Para rescatarlos, el investigador tendrá que sumergirse en archivos locales, memorias, historias de vida. Sólo así llegaremos a conocer en realidad esos “años del águila”.

Engracia LOYO
El Colegio de México